

Este año dedicamos el debate al papel de los movimientos sociales en el conflicto del País Vasco. Reunimos para ello a un grupo de mujeres de variadas edades, biografías y trayectorias que abordaron aspectos de reflexión e intervención buscando siempre un punto de vista, una mirada propia conectada con su experiencia de mujeres que gustan de dar sentido a lo que viven, de pensar desde ellas los discursos que se nos ofrecen como realidades inamovibles y de intercambiar saberes y pareceres en relación de grupo. Las mujeres participantes se presentaron así en el inicio de la sesión de debate:

Anna Bosch Pareras: He trabajado durante bastantes años en el movimiento ecologista y he colaborado también en la revista En pie de paz. El tema del País Vasco siempre me ha tocado profundamente, tanto por el problema de fondo que existe, como por la cuestión que suscita la violencia y todas las contradicciones que ello me ha supuesto. La verdad es que me siento muy impotente ante lo que sucede por la dificultad de hacer algo que sea útil. Esta reunión me hace mucha ilusión en el sentido de ver si somos capaces de poner en común todas esas preocupaciones. A ver si el debate nos ilumina un poco.

Marta Cruells López: Si tuviera que decir a qué me siento vinculada sería al movimiento feminista principalmente. No he participado en el movimiento pacifista y por ello considero muy interesante poder estar aquí con vosotras porque probablemente conocéis más este campo de la política. También podremos hablar hasta qué punto el feminismo puede aportar algo al movimiento por la paz. Aparte, he estado trabajando en el análisis de movimientos sociales durante este último año, sobre todo de las relaciones que tienen con las instituciones públicas, y a lo mejor de aquí podemos sacar algo también.

Irantzu Mendia Azkue: Estoy haciendo la tesis en Hegoa (Universidad del País Vasco) sobre organizaciones de mujeres en contextos de posguerra y su papel en la reconstrucción, sobre todo social. Decidí tomar como estudios de caso para compararlos El Salvador y Bosnia-Herzegovina, dos países con sociedades bastante dispares y también por lo que se refiere a la naturaleza de los conflictos que han sufrido. Por eso mismo me interesaba ver, a pesar de las diferencias, qué cuestiones eran comunes desde la perspectiva de la experiencia de las mujeres.

Carmen Magallón Portolés: En el movimiento por la paz, en la revista En pie de paz y el grupo de mujeres En pie de paz es donde he podido desarrollar más un pensamiento ligado al papel de las mujeres en conflictos y procesos de paz. En Zaragoza, tras la visita de Stasa Zajovic, me vinculé a las Mujeres de Negro, y he asistido a encuentros internacionales de esta

Escrito por Varios autores

Lunes, 13 de Marzo de 2006 10:29 - Actualizado Martes, 15 de Marzo de 2011 12:09

red. También de la Internacional de Resistentes a la Guerra (IRG). Trabajo en la Fundación Seminario de Investigación para la Paz y tengo relación con otros centros similares.

Mariona Bosch: Participo en un colectivo que intenta trabajar ya desde hace unos años en diferentes ámbitos. A partir de una asamblea general salen temas y grupos de trabajo (redes de intercambio, cooperativa de productos ecológicos, grupo de mujeres, participación en plataformas locales, coordinación con colectivos de otros países, etc.). Por otro lado trabajo en una asociación de mujeres que está vinculada a temas de inserción laboral, donde estoy ahora mismo.

Violeta Ibáñez Royo: Soy del colectivo de la revista En pie de paz. En Barcelona varias mujeres de la revista seguimos encontrándonos en un grupo de pensamiento que se llama Giulia Adinolfi. En este espacio leemos, hablamos, elaboramos cosas que nos interesan para pensar el mundo y para hacer política.

M^a Jesús Díez: He formado parte también del movimiento pacifista. Soy de Madrid y estuve en la facultad de filosofía y cuando se estaba preparando el referéndum de la otan entré en un comité que había en la universidad en contra de la otan. Luego he participado en el colectivo de la revista En pie de paz. Lo que hago ahora es trabajar desde donde estoy, con mis amigos cuando estoy con mis amigos, con mis compañeros de trabajo, y con mis alumnos sobre todo.

Dominique Saillard: Soy francesa pero vivo en el País Vasco desde hace ya ocho años. Antes de venir aquí, trabajé cinco años en la oficina de coordinación de una red internacional pacifista, la Internacional de Resistentes a la Guerra. Aquí estuve otros cinco años en una ong elaborando programas de Cultura de Paz que enfoqué sobre todo a temas de rehabilitación posconflicto y construcción de Paz, siempre desde una perspectiva feminista y de género. Un ejemplo son los dos encuentros sobre mujeres y construcción de la paz que se organizaron, las segundas en 2003 en Vitoria y en colaboración estrecha con la red de Mujeres de Negro. Ahora trabajo por mi cuenta en temas de género y había dejado algo de lado la implicación en el movimiento pacifista. Estar aquí hoy me permite retomar estas reflexiones con vosotras y... ¡aliviar un poco mi mala conciencia por dejar ciertas cosas en suspenso!

Por parte de Betiko Fundazioa asistieron: Carmen Oriol López-Montenegro, Isabel Ribera Domene y Elena Grau Biosca.

Violeta: Forma parte de la identidad de las mujeres más mayores que estamos aquí el hecho de que nos comprometimos desde muy jóvenes en una lucha política clandestina. Eso es muy importante, conforma parte de nuestro imaginario. Creo que nuestro compromiso político, puesto que éramos muy jóvenes, era muy pre-político, anterior a la política, era pre-político más que ideológico. Además hay otra cosa, y es que vivimos un período de transición política que fue difícil, complejo y duro. Para muchas fue como una muerte cerebral que nos permitió volver a reela-borar muchas cosas. Esta reelaboración nos ha permitido a todas nosotras volver a comprometernos. De allí pasamos a un compromiso con el pacifismo y con nostras mismas como mujeres. Y también a formar grupos de pensamiento de mujeres que nos potenciaran, que nos permitieran distanciarnos de una metodología que provenía de un mundo muy masculino. Así creamos el colectivo de la revista *En Pie de Paz* y luego el grupo Giulia Adinolfi.

Anna: Para mí el pensamiento de las mujeres ha sido un instrumento de análisis de la realidad y de mi trayectoria particular que me ha permitido entender y dar nombre a muchas cosas. El pensamiento del que hablo no tiene nada que ver con el victimismo feminista de los años setenta del que salí huyendo. Este nuevo feminismo que parte de la experiencia de las mujeres lo encontré también en las mujeres de *En pie de paz*. Creo que este pensamiento que vamos construyendo a nuestra medida nos puede ayudar a leer la complejidad de la situación en el País Vasco y a ver si podemos ir un poco más allá.

Elena: Como ha dicho Violeta, las mujeres que estuvimos en la lucha antifranquista compartíamos una pasión por intervenir en el mundo. Nuestra pasión inicial no fue nunca una pasión feminista en el sentido de defender a las mujeres. Nosotras hemos sido una generación educada ya en la igualdad, a pesar de haber nacido en la época franquista, porque a muchas nuestras madres nos transmitieron que podíamos tener empleo, estudiar, ser independientes; no somos la generación de la posguerra. Lo que queríamos era intervenir en el mundo y no sentíamos que nosotras fuéramos víctimas a las cuales había que defender. Pero sin embargo, vivíamos con un malestar que hemos podido nombrar luego. Vivíamos con malestar las formas de intervención que teníamos al alcance, el partido político.

Después de la transición a la democracia hubo dos elementos que nos permitieron rehacernos. Uno fue repensar cómo intervenir desde el pacifismo y la no violencia; el otro pensar la intervención en el mundo desde nosotras mujeres. No vivimos la etapa del feminismo reivindicativo porque nunca nos hemos sentido carentes o víctimas. En realidad, nuestra pasión inicial se mantiene, nuestra pasión es intervenir y por lo tanto pensar, entender y decir lo que nos parece. Y lo que nos parece es que desde el momento en que lo estamos haciendo, nosotras que nos reconocemos mujeres, ya estamos haciendo pensamiento de mujeres. En relación al tema del País Vasco no creo pues que tengamos que pensar qué cualidades tenemos las mujeres para poder pensar una intervención. Nosotras que somos mujeres vamos

a pensar el conflicto del País Vasco y vamos a intentar ver dónde nos colocamos, qué cosas nos parecen importantes, qué cosas queremos acabar de pensar y qué cosas podemos proponer.

Carmen M.: Vuelvo a cuestiones biográficas que ayudan a ver desde dónde hablo. En mi época universitaria, en los setenta, crecieron organizaciones que defendían la violencia, unas sólo en el papel, otras, en las que algunos compañeros se involucraron, en la práctica. Se regían por el centralismo democrático que básicamente consistía en acatar las consignas que venían de arriba. La persona concreta no contaba, la disidencia no se aceptaba. Viví la pertenencia a uno de estos grupos, que sólo tenía la violencia en el papel, en rebeldía. El afán de libertad que me había llevado a involucrarme en él entraba en contradicción con la obediencia que se exigía. No entendía que para construir una sociedad mejor tuviéramos que sacrificar la vida cotidiana. Recuerdo haber dicho que no quería ser monja de la revolución.

Más tarde, en la Librería de Mujeres de Zaragoza, tuve mis discrepancias con algunas feministas. Para ellas, estar por la paz era admitir toda la tradición que decía que las mujeres éramos más pacíficas. Por mi parte sentía un rechazo hacia ese feminismo que asumía que para ser feministas teníamos que hacer las mismas tonterías que habían hecho los hombres y volver a negarnos a nosotras mismas.

Mariona: Yo quiero explicar el sentido que tiene para mí estar aquí. Yo vengo de Mallorca y mi experiencia política venía vinculada al nacionalismo y al ecologismo frente a un partido conservador. Pero llego aquí y entro en otros espacios de participación política. Son espacios que me han permitido un trabajo horizontal y realmente mucho más cercano de lo que había encontrado antes y con un tipo de participación política en la que como mujer me siento más cómoda. Para mí era difícil acercarme al conflicto vasco porque no sabía cómo conseguir información, cómo hacer un análisis y aquí es cuando por primera vez encuentro un espacio en el que me siento cómoda para expresar mis dudas, mis miedos y para escuchar y aprender. Un espacio que tiene como objetivo analizar la realidad y hacerlo de manera crítica, revisarnos a nosotras mismas y aportar lo que podamos.

Irantzu: Yo participé en un encuentro en Gasteiz en 2003, en un taller con Stasa Zajovic que consideraba incompatible el feminismo y el nacionalismo. Entre sus objetivos estaba evidenciar esa incompatibilidad y romper con los mitos del nacionalismo que están afectando a las mujeres. Y eso la verdad es que me revolvió porque yo vengo de donde vengo, tengo una identidad o un sentimiento de pertenencia nacional concreto. Nunca había pensado que fuera incompatible sentirme feminista y a la vez ser nacionalista. Entiendo que es perfectamente compatible.

Pero esto me lleva a pensar por qué ha habido una incapacidad del movimiento feminista en Euskadi para abordar abiertamente el tema. Sin duda la cuestión del conflicto político y la cuestión nacional han supeditado todo lo demás, por ejemplo las reivindicaciones del feminismo. Quizá no haya habido autonomía de los movimientos de mujeres, porque estaban situados o bien en el eje nacional vasco o en el estatalista. Ésta siempre ha sido la línea divisoria más clara que ha impedido y bloqueado ir más allá. Por eso a mí me pareció tan importante que Ahotsak saliera, y precisamente desde el espacio político y con un acuerdo, aunque sea de mínimos.

Carmen O.: Así era, lo prioritario era el tema nacional, había que dedicarle todas las fuerzas y lo demás era secundario. Había una incompatibilidad ideológica que no sólo planteaba esa línea divisoria que ha comentado Irantzu sino que abortaba cualquier esfuerzo en otro campo.

Irantzu: Las Mujeres de Negro de Belgrado han hecho una reflexión muy profunda sobre cómo el discurso nacionalista en su país lleva al extremo o polariza totalmente las nociones de lo que es femenino y masculino. Entienden que los discursos nacionalistas van absolutamente en contra de los derechos de las mujeres, porque las obligan a ser o tener un papel determinado en la sociedad que se lleva al extremo en las situaciones de conflicto. Y ése es el trabajo que han hecho, el de romper con todo eso. Pero algunas de las que estábamos en el taller entendíamos que nosotras hablábamos de otro tipo de nacionalismo. Pero aun sin estar de acuerdo, una de repente se pone a pensar en ello y es interesante.

Carmen M.: A mí me gustaría que pensáramos de manera independiente cómo la concepción nacionalista sitúa a las mujeres. En muchos casos somos tomadas como las depositarias de las tradiciones, de la cultura, como si el ser y la identidad de una comunidad se reflejara en lo que son y en lo que hacen sus mujeres. En las reuniones que hemos tenido con Mujeres de Negro, las de Bosnia-Herzegovina se desvinculaban de esa concepción y manifestaban que es muy distinto cómo sienten ellas la pertenencia de cómo se concibe en la ideología proyectada por los partidos nacionalistas. El significado de pertenencia vivido por las mujeres o establecido por la definición nacionalista de los partidos es diferente.

A mí también se me ha pasado por la cabeza el preguntarme hasta qué punto ha sido autónomo el movimiento feminista del País Vasco para pensar un nacionalismo, o una forma de pertenencia identitaria, que se desvinculara de visiones masculinas y en muchos casos machistas. ¿Por qué machistas? Porque perciben y definen lo que es la tierra y la pertenencia, situando a las mujeres como parte definida y no como parte que define. Ha habido poca crítica

feminista en relación a esto. En el nacimiento de la red de Mujeres de Negro en el Estado español hubo un desencuentro con algunas feministas vascas, precisamente por la cuestión del nacionalismo.

Elena: A mí me impactó mucho el encuentro de mujeres en Vitoria al que se refería antes Irantzu, porque pude ver que el tema del nacionalismo se podía trabajar de diversas formas. Participamos por la mañana en un taller en el que se estableció una división porque se analizaba la transición política de los setenta y entonces salía un dolor contenido y expresado en el lenguaje del discurso político de la polarización construido sobre la transición. Por la tarde, en cambio, hubo un momento en que salimos de ahí y las mujeres del taller empezamos a explicar de dónde venía nuestra identidad. Allí pudimos salir del esquema polarizado, porque empezamos a hablar y cada una iba contando por qué ella se identificaba, o no, como nacionalista. Precisamente porque el tema del nacionalismo entra en algo que es biográfico, hecho de vivencias y emociones, la forma de crear terrenos comunes es poder explicar el sentido que para ti tiene esa identidad, poder expresarlo y explicarlo desde fuera de las divisiones y separaciones que crea la política que de alguna forma gira en torno a los temas de poder, de elecciones, etc.

Es importante, pues, hacer el ejercicio de salir de ese discurso y poder ver que lo han hecho otros y te lo han encajado encima y lo utilizan como símbolo potentísimo: la madre patria, la madre de los ciudadanos. No es nuevo, el patriarcado se ha apropiado muchas veces de la fuerza simbólica de lo femenino. Lo que nos interesa es pensar desde nosotras qué significa tener una identidad que se ha llamado nacional. Habría que preguntarse si toda identidad nacional tiene que traducirse en un

Estado, si la forma del estado es la más adecuada para representar las identidades nacionales, o resulta que el Estado además de ser un invento burgués también es un invento patriarcal. Y desde ahí pienso que otra concepción de nacionalismo converge con el feminismo. Creo que el reto es siempre salir de la lógica del discurso que te están imponiendo.

Anna: Cuando las conocí, las teorías de Stasa me crearon malestar. Porque tenía razón desde su experiencia; para las mujeres de los Balcanes el nacionalismo que conocían era asesino. Pero sus teorías a mí me dejaban fuera porque la identidad catalana es una parte de mi identidad y no quiero renunciar a ella de ninguna forma. Me resistía a pensar que el sentimiento de pertenencia a una comunidad me situara enfrentada forzosamente con otra comunidad. Luego pude entender que hay una diferencia entre lo que el nacionalismo considera que son las mujeres, el papel que nos asignan en su teoría, y el cómo yo mujer con una identidad propia me sitúo frente a esto. La diferencia está en si dejamos que nos piensen o pensamos

desde nosotras

Marta: Creo que el de la centralidad del Estado es un tema clave si hablamos del conflicto vasco y supongo que en cualquier lucha nacionalista. Por lo poco que conozco, las luchas nacionalistas normalmente se acaban traduciendo en la lucha de un Estado contra otro. Se lucha en relación a un sentimiento nacional que no tiene por qué derivar en la creación de un nuevo Estado, pero siempre acaba derivando ahí. El conflicto entonces no es un conflicto nacional, es un conflicto de soberanía, un conflicto clásico dentro del ámbito político y que no tiene mucho que ver con una lucha únicamente relacionada con el sentimiento de pertenencia sino, más bien, en cómo se obtiene el poder, cómo se mantiene y cómo se mantiene de una determinada manera.

Creo que ésta es una de las claves del tema y, la verdad, no sé si desde el feminismo dentro del País Vasco se está hablando sobre ello o no. ¿Cómo pensarlo nosotras desde aquí? El Estado es un Estado soberano, masculino, patriarcal, lo que significa toda una serie de cosas y esto no se rompe con la lucha nacional. Y aquí el feminismo nos puede aportar elementos para pensar sobre estos temas.

Por ejemplo, en relación a la violencia y el conflicto, el otro día en una clase un chico colombiano nos contaba la situación en su país, que es una situación de conflicto brutal. Él lo que quería era mostrar que la teoría de Hobbes funciona, que el hombre es un lobo para el hombre en el estado de naturaleza y que por eso al final puede ser necesario construir un Estado más o menos fuerte para que la sociedad esté calmada y ordenada. Venía a decir que ese estado de naturaleza del que hablaba Hobbes se da en Colombia, donde se vive una situación de guerra total, con muchos actores (Estado, paramilitares, población, carteles de la droga etc.) y en la que mueren 25.000 personas al año. Claro, decía, cuando él viene a Occidente y escucha estos discursos posmodernistas tan sofisticados acerca de cómo podemos debilitar el poder centralizado del Estado porque es opresor, pues le parecen bien, pero cree que únicamente funcionan aquí, en un sitio donde tenemos un Estado de bienestar alto y sin guerras, pero que cuando se está en situación de guerra estos discursos no funcionan.

Hubo un momento en que pensé: ¿Qué entiendes tú por guerra? Porque lo que nos has explicado del conflicto de Colombia es un conflicto en el que la intensidad de la confrontación amigo-enemigo y las muertes son muchas, pero eso no significa que aquí no haya conflicto en estos términos, lo que pasa es que no lo hemos llamado guerra. Por ejemplo, en el conflicto de la violencia de género hay una clara relación de amigo-enemigo, con muertes por medio y con vivencias de miedo ante la violencia y la posibilidad de morir, pero los discursos feministas

mayoritariamente no hablan de guerra en este caso. A pesar de ello, si cogiéramos un manual político podríamos decir que sí es guerra y creo que ésta sería, por ejemplo, una de las cuestiones del feminismo que podríamos recoger para pensar en términos de conflicto. ¿Por qué no hemos hablado de guerra cuando en teoría se podría aplicar el concepto?

Irantzu: De lo que comentaba Elena acerca de cómo pensar la identidad, yo pienso que un sentimiento de pertenencia nacional es muy complicado porque es un sentimiento, y cómo explicas eso, se siente dentro. Pero necesitamos cauces de expresión de este sentimiento y al final lo que haces es aferrarte o construir una elaboración y un discurso teórico e ideológico que te permita expresar este sentimiento y por lo tanto defenderlo. Ahí creo que puede haber estado el error de haber adoptado un discurso sin crítica, en el caso de las mujeres feministas nacionalistas, de asumir un discurso nacionalista donde no están representados sus intereses. Como decíais antes, hubo un punto en el que vosotras no os sentíais representadas en el lenguaje y en las metodologías, en el pensamiento y la práctica de vuestros grupos o partidos políticos y necesitábais construir otro diferente. Creo que ése es el reto también en Euskadi, no sólo por parte de las mujeres que se sitúan en el ámbito nacionalista, sino también en el resto de los ámbitos, es decir, la construcción de nuevos discursos, diferentes a los que hasta ahora hemos adoptado mayoritariamente o con poca crítica.

Dominique: En los movimientos sociales del País Vasco, la casi-obligación de definirse «conmigo o contra mí» ha quemado a mucha gente y entorpecido el trabajo conjunto. Unas militantes feministas me comentaron que en su organización habían tomado la decisión de no trabajar o debatir directamente del famoso «problema vasco» porque no veían que pudieran llegar a un consenso y temían que el debate dañara las relaciones personales y de militancia que habían establecido en torno a la agenda feminista. Y fuera de las organizaciones, la creación de alianzas también se hacía cuesta arriba. Un pequeño ejemplo para ilustrarlo: estas militantes estaban ya hartas de haber tenido que negociar varias veces que al final de la manifestación del 8 de Marzo no se cantara el Eusko Gudariak, un canto al heroico soldado vasco, para ver que, al final, sí se acababa cantando. Al final tenemos el mismo problema de siempre de la doble militancia, o la feminista o la nacionalista. Supongo que hay mujeres con un sentido identitario fuerte que quisieran expresarse de otra forma, salirse de las filas, pero este discurso diferente, si está formulado, no se percibe desde fuera.

Y para terminar también me viene a la mente el tema de que las mujeres expresemos nuestras opiniones y tengamos nuestras voces. A mí me dio un poco de pena que las únicas voces que hayan salido con un poco de fuste y repercusión en los medios, sean las de Ahotsak. No es que desvalorice Ahotsak, me parece una iniciativa interesante desde ciertos puntos de vista, pero me da rabia que no hayan salido antes otras voces, voces de militantes feministas y pacifistas. Lo que veo es que con la aparición de Ahotsak se lanza el mensaje de que hay que dar voz a las mujeres, pero sin que haya detrás un sólido análisis feminista de temas

relacionados con la construcción de la paz, por ejemplo. Por tanto, hay un efecto bueno y uno malo. El bueno es que el esfuerzo de unir a mujeres de varias sensibilidades políticas aporta una nota de esperanza y optimismo, hay muchas mujeres que se están emocionando con esta posibilidad y a lo mejor se plantean hacer una reflexión propia sobre el tema. Pero el peligro es que si no hay un análisis feminista detrás, si no se analiza claramente por qué las mujeres pueden jugar un papel diferente en la situación actual, se está transmitiendo un discurso esencialista, o que se percibe como tal: que las mujeres somos más negociadoras, pacíficas que los hombres, y por tanto, nosotras, sí lograremos arreglar el asunto. Se establece una unión simbólica entre paz y mujeres que, como suele comentar Carmen, es contraproducente desde la perspectiva feminista.

Anna: Es interesante ver el papel que juega Ahotsak, pero la cuestión es que tanto en el País Vasco como en Cataluña existen también muchos grupos de mujeres que se dedican a investigar y a pensar por cuenta propia. Si no damos valor a esa red informal resulta que sólo reconocemos lo organizado. Visto desde aquí creo que es excelente que mujeres parlamentarias de diferentes partidos por primera vez rompieran la disciplina partidaria para firmar algo conjunto, esto es lo que tienen de valor. Pero no podrá dar más de sí, sin una reflexión que dé significado a la experiencia. Y creo que esta reflexión no va a salir de las mujeres de Ahotsak porque ya tienen bastantes problemas con las relaciones de poder dentro de sus partidos, y suficiente trabajo para mantener su alianza. Deben ser otros los espacios donde pensar para elaborar estas experiencias y aportar nuevas visiones, que es necesario divulgar. Los discursos se transmiten por la vía de las redes y aquí tocamos algo que ha salido antes: el tema de las relaciones. El ámbito de las relaciones no oficiales, que es el ámbito de la vida, aquí es donde creo que las mujeres podemos pensar, decir y poner en circulación muchas cosas.

Me pregunto, en relación al País Vasco, qué podemos hacer nosotras en el ámbito de las relaciones, qué podemos aportar desde fuera y desde dentro del País Vasco. El nuestro es un espacio sin límites, un espacio que hemos creado desde el otro lado, para pensar desde nosotras, ver qué nos preocupa, cómo lo vivimos y cómo lo transmitimos. En relación al País Vasco y a cómo acabar con la violencia, podríamos intentar desentrañar nuestros sentimientos de culpabilidad y ver cómo los vivimos. A lo mejor por aquí podríamos eliminar las barreras que nos impiden pensar, pero debemos romperlas nosotras mismas, con el firme convencimiento de que pensar desde nosotras tiene sentido político. Que lo tiene la necesidad de relación con los demás, la elaboración de los conflictos de otra manera que no sea la violenta, la búsqueda de espacios de convivencia que sean gratos y donde cada una viva su individualidad como le plazca, sin necesidad de enfrentarse con otras y otros. En realidad, el pensamiento feminista de la diferencia sexual le da un valor inmenso a la tarea de expresar lo concreto desde cada una, desde cada uno, afirmando: esto es lo político.

Carmen O.: Me identifico absolutamente con lo que acabas de decir. Porque lo que ha sido nuestra experiencia es que siempre, inevitablemente, surgía esa brecha de la que antes hablábamos. En cualquier reunión salía el tema de «construir nación» y ya todo lo demás era secundario, y si querías seguir planteando lo «secundario», eras descalificada como «españolista» (lo que equivalía a «franquista», «no de izquierdas», etc.), por lo tanto, se suponía que debías callarte. Lo que contaba Domi sobre cantar el Eusko Gudariak al final de la manifestación del 8 de Marzo. ¡Un canto al soldado! Pero era soldado vasco.

Hay que salir de esa forma de plantear el tema del conflicto nacional. Poder pensar libremente, sin marcos ya establecidos, y plantearnos qué significa el sentimiento de pertenencia a una comunidad. Y pensando sobre ello, me hago preguntas como: ¿Por qué, inevitablemente, cuando la palabra nacionalismo sale la asociamos a expresiones como fascismo, autoritarismo? ¿Por qué el nacionalismo ha conducido casi siempre a guerras? ¿Existe un nacionalismo que no suponga todo esto? ¿Se puede pensar la idea de nacionalismo incluyendo la pluralidad, el respeto, la capacidad de ponerse en el lugar del otro? ¿Por qué todo nacionalismo tiene que conllevar exclusión, autoritarismo, condena del otro, identificación de un enemigo? El reto es ser capaces de definir un sentimiento de nacionalidad que no tenga por qué ser todo esto, que tenga lo positivo y donde yo ahí sí me sienta reconocida. Soy vasca y quiero seguir siendo vasca pero es un ser vasca que no tiene nada que ver con lo que hasta ahora me han vendido como ser vasco. Tenemos que ser capaces de seguir trabajando en esa línea, superando el mito de construir sentimiento nacional, porque el sentimiento lo tenemos dentro y lo que tenemos que hacer es expresarlo de una forma diferente.

Elena: Al decir en palabras qué es para nosotras y nosotros el sentimiento identitario hay que vincularlo de tal modo a la experiencia vivida como personas de carne y hueso que quede fuera de la manipulación en el entramado de las relaciones de poder. Éste es el reto en este momento: no quedar atrapadas en la instrumentalización de este sentimiento. Porque en el fondo la dinámica de las relaciones de poder siempre es instrumentalizar a las personas, el discurso, las imágenes, lo que sea, y vaciarlas de vida concreta.

Me gustaría retomar el tema del conflicto entre mujeres y hombres que antes ha mencionado Marta. A lo largo del siglo xx, las mujeres van modificando la relación entre los sexos sin ejercer violencia y sin situar al hombre como enemigo a destruir, a pesar de que muchos hombres, en el marco de este conflicto, utilizan la violencia contra sus compañeras. ¿Por qué, a pesar de todo, las mujeres no enfocamos este conflicto desde el enfrentamiento amigo-enemigo y la eliminación del otro? Creo que aquí juega de nuevo el tema de la relación. Cuando hemos establecido una relación amorosa con la persona con la que tenemos el conflicto, en esta relación nos jugamos muchas cosas de nuestro mundo afectivo. No es una relación instrumental en la que situamos al otro en la posición de objeto que podamos destruir. En este conflicto hemos sido capaces de repensarnos a nosotras mismas en la relación, y al

poder pensarnos a nosotras mismas y cambiarnos hemos podido cambiar la relación. Esto es lo que nos ha permitido hacer una revolución en el siglo xx sin que por parte de las mujeres haya habido una forma violenta de abordar el conflicto entre los sexos.

Creo que ésta es una cultura política, de resolución de los conflictos de manera relacional y no polarizada, y me parece que aporta elementos para un proceso de paz en el País Vasco. Porque habrá que abordar los dolores y rehacer las relaciones entre las personas en conflicto, buscar formas de escucha, de reconocimiento. El aprendizaje de la cultura política que viene de las mujeres es valioso.

Marta: Lo que ha pasado en este conflicto entre hombres y mujeres y en relación a la violencia de género no es sólo que las mujeres no han usado la violencia, sino que no han intentado usurpar ningún poder. Han luchado para destruir un poder patriarcal que genera violencia de género pero no han intentado ocupar el poder o inventarse uno nuevo para dominar y para definir un nuevo escenario. Creo que éste es un elemento fundamental. Recoger la experiencia de partir de las relaciones para intervenir en un conflicto puede servir y precisamente me parece que en el País Vasco también las relaciones entrelazadas alrededor del conflicto son impresionantes. Cuando vas a una plaza en un pueblo y ves a toda la gente que se está apoyando, estas redes, la verdad es que dices esto es impresionante, esas relaciones están allí. Se puede trabajar por tanto a escala de la relación. Pero, ¿cómo trabajar lo otro? Porque todo esto funciona porque hay una lucha de poder y allí hay que intentar incidir. Tendríamos que ver desde el feminismo y desde las mujeres qué se ha hecho en relación a lucha contra el poder. Pero por supuesto partiendo de que el trabajo desde las relaciones es clave.

Carmen M.: Me pregunto hasta qué punto los conceptos acuñados en el marco del poder, como es el de nacionalismo, dejan espacio a su redefinición. Cuando las Mujeres de Negro se definen antinacionalistas están marcando una posición desde la que piensan que los conceptos acuñados por el poder son tan poderosos que no se pueden modificar, que hay que ir contra ellos. Ellas hablan de pertenencia a una comunidad y no de nacionalismo. Nosotras, ¿pensamos que podemos redefinir estos conceptos y reconstruirlos de una manera propia y creativa?

Irantzu: Lo de «construir conciencia nacional» puede no entenderse, pero también lo ha hecho el feminismo al trabajar por construir conciencia de género. Además, partiendo de que durante muchos años se ha reprimido la conciencia nacional vasca, ahora se ha tenido que hacer un proceso de recuperación nacional, identitaria, tremendo. Criminalizar eso tampoco me parece justo, me parece una reivindicación legítima. Yo me resisto, no creo que tenga que deconstruir mi sentimiento nacional, no creo que haya nada malo en ello y no quiero sacar de él

calificativos, ni nacional, ni pertenencia. La cuestión es cómo construimos la nación vasca y yo nunca la he asociado con crispación, exclusión y autoritarismo. Mi sentimiento de pertenencia a la nación vasca no lo he construido en base a eso y no me siento autoritaria ni impositiva. Tampoco creo que el discurso nacionalista se me haya impuesto, sino que se ha adoptado con falta de crítica desde la perspectiva de la identidad de género, y la construcción de algo nuevo desde las mujeres tiene que incorporar, añadir al discurso, pero no desmontarlo de arriba a bajo.

Por otra parte y siguiendo con la cuestión de las relaciones, de interactuar y convivir, de lo que decías, Marta, que veías en Euskadi, recuerdo hablar con una chica de mi edad que acaba de salir de la cárcel después de cuatro años y sin juicio, y yo le pregunté, ¿Pero no sientes que necesitas que alguien te repare estos cuatro años de tu vida que te han robado? Y para mi sorpresa me dijo que no, que ella seguía y podía convivir diariamente con gente muy diversa desde el punto de vista ideológico. Pero —añadía— la resolución del problema, del conflicto, es política y por mucho que tú y yo nos relacionemos diariamente y tengamos una gran amistad, al final hay un elemento político que es insoslayable y que hay que abordar, tienen que cambiar los marcos para que nos faciliten la reconciliación. Y eso en Bosnia también me lo encontraba, muchas mujeres me decían «yo quiero hablar con unas y con otras y vivir como antes pero políticamente pasa esto y esto y no me deja...»

Carmen M.: Si es posible llevarse bien en la vida diaria y la política separa, me pregunto qué política es ésa que está tan divorciada de lo cotidiano. Creo que parte del problema radica en esa política abstracta de las grandes palabras que es como una pesada losa: en lugar de ser el saber de la convivencia, nos impide reconciliarnos.

Carmen O.: No hay que matar ese sentimiento de pertenencia, porque es uno de los elementos de tu identidad, uno de los elementos que te constituye más fuertemente como persona. Lo que quiero decir es cómo podemos repensar ese sentimiento de pertenencia desde otras perspectivas, desde otro camino distinto que el del poder, que nos permita precisamente que ese sentimiento de pertenencia nos una. Ahí es donde creo que el tema de construir una relación de forma diferente, sin anular la diferencia, sería un posible camino. Cómo defender la diferencia sin excluir lo diferente, porque los nacionalismos políticos históricos se han construido a base de hacer barreras, enemigos, de excluir al diferente. Ahora se empieza a pensar que hay otra forma de entender el nacionalismo, bueno, pues tendremos que entrar en esta otra forma de construir este sentimiento de pertenencia, que no sea nacionalismo al viejo estilo, porque esta palabra evoca cosas que no me gustan y con las que estoy radicalmente en desacuerdo. Me gusta más hablar de sentimiento de pertenencia, porque yo siento que pertenezco a una tierra, a un grupo de gente, a un paisaje y me emociono viendo ese paisaje que me hace decir ¡estoy en casa!

Isabel: El sentido de pertenencia es un aspecto de lo que puede ser el nacionalismo, porque puedes no ser nacionalista pero entender esta palabra. Estoy convencida de que lo que no está maduro en el Estado español para abordar de otra manera el reconocimiento del otro —que en este caso es nacionalista catalán, vasco u otro— es la propia reflexión sobre el sentido de pertenencia. Porque es evidente que hay muchos que son nacionalistas españoles y no lo saben. Hay gente que no sólo no tiene ningún lugar sino que además niega la parte del otro porque no lo ha pensado nunca. El sentido de pertenencia se ha perdido y el consumismo lo ha mediatizado todo, pero todos necesitamos pertenecer a una familia, a un lugar, a una comunidad de vecinos. Aquí hay una reflexión sobre qué es el sentido de pertenencia que tendríamos que poner en la agenda de la vida para poder haber todos, de modo que alguien pueda ponerse en el lugar del otro desde algún lugar propio. Desde aquí se puede comprender que el sentido de pertenencia de cada cual tiene forma diferente, y ésta es la gracia del reconocimiento del otro.

M^a Jesús: ¿Es legítimo el sentimiento de pertenencia nacional españolista? Porque lo tiene mucha gente pero no lo sabe. Ahora que estabas hablando, Isabel, me parece muy interesante hacer el paralelismo con la situación en las conversaciones sobre temas de género con varones que se resisten acerca de cosas que para nosotras son de sentido común, pero claro, se resisten porque ellos están instalados en el universal. Mi hijo que es varón vio a una mujer policía desde el coche y dijo, «Mira un policía que es una mamá». Dijo un policía, pero es que la palabra policía es femenina. Éste es un ejemplo de que los varones están instalados en el universal. Algo así les puede pasar a los nacionalistas españoles, que están tan cómodamente instalados en su nacionalismo sin necesidad de haber revisado nada. Yo llevo muchos años en Madrid pero no soy madrileña, yo soy salmantina y claro que tengo un sentimiento de pertenencia a Castilla, pero es verdad que como no hemos tenido que pelearnos por sentirnos tal, porque se nos ha dado naturalmente, pues no hemos necesitado pensarlo.

Anna: El sentimiento de identidad es algo que reconocemos como humano y necesario para que una persona se defina a sí misma pero, en cambio, se ha convertido en la justificación para el exterminio del otro. ¿Cómo puede haber habido tal perversión? A mi parecer el problema radica en entender las relaciones humanas mediadas por el poder, y cómo tal planteamiento lleva a estructurar las relaciones en una construcción llamada Estado. El Estado es, pues, una construcción del patriarcado que desconoce y desvirtúa el valor de las relaciones humanas en sí mismas presentándolas desde una perspectiva parcial e interesada, en la que el poder es la única medida posible. Y aquí está lo que nosotras podemos aportar de diferente, porque nuestra trayectoria de mujeres, como decía Virginia Woolf, nos hace sentir extrañas al poder ya que el mismo patriarcado nos ha excluido de él. Creo que es más útil empezar a pensar desde nuestra experiencia de extrañas al poder, porque si somos capaces de poner esta experiencia en el mundo estaremos dando instrumentos para que el discurso nacionalista se deshaga con todo lo que tiene de negativo y en su lugar podemos poner algo en positivo, que no excluya

sino que acerque, que incluya. Ha de ser, evidentemente, un discurso válido para todos y todas, se sientan españoles, catalanes, vascos o gallegos. Recuperar el sentimiento identitario, pensarlo y elaborar nuestro propio discurso sobre ello modifica, transforma la realidad y puede ayudar a desactivar todo lo que el nacionalismo comporta de enfrentamiento violento.

Isabel: La historia nos dice que las mujeres, para defender lo que querían o creían, se han empleado más en formas de acción que no destruyeran la propia obra de creación humana. Lo cual no quiere decir que algunas lo hayan hecho, pero ésa es una realidad y como tal realidad forma parte de nuestra genealogía.

Elena: Si todo el mundo se interpela sobre su sentido de pertenencia y de alguna forma lo identifica, puede entender que el otro tenga un sentido de pertenencia distinto. Pero el problema es cuando hay una parte de la población que no se interpela sobre este sentido y por tanto es una anomalía que uno diga que en una de esas múltiples identidades hay una pertenencia que es nacional. Sería interesante, pues, promover la interpelación acerca de a qué nos sentimos pertenecer. Porque si yo analizo a qué me siento pertenecer, sé que soy una persona singular vinculada a unas cosas. Si yo soy singular, la de al lado también será singular. Es un ejercicio de trabajar las diferencias. Si yo me sitúo en el universal, sea el masculino o de nacionalista español, no puedo aceptar que el otro se sienta diferente, esto se convierte en una anomalía.

Violeta: Veo una diferencia entre identidad y pertenencia. Yo tengo un sentido identitario muy ligado a un lugar único, muy concreto, que es Teruel y luego Aragón. Es muy pequeño y muy fuerte este sentido identitario. Pero mi sentido de pertenencia es Cataluña. Y además soy también internacionalista por formación y militancia. Lo maravilloso es que esas cosas puedan coincidir. Es decir, mi identidad se hace en una localidad minera, pobre, etc., pero aquí en Cataluña, gracias a la existencia del psuc (Partit Socialista Unificat de Catalunya) que pensó el nacionalismo y lo definió así, «Catalanes son todos lo que viven y trabajan en Cataluña», pude pertenecer a este grupo humano, sin negar mi identidad, y no sólo pertenecer, es que existo aquí. Ésta es una definición articuladora. De hecho, nosotros los castellano-parlantes que trabajamos en la enseñanza primaria de Cataluña hemos catalanizado a la población catalana, porque estamos trabajando en los suburbios. Catalanizamos no sólo a la población de los suburbios catalanes, sino ahora a todas las personas que van llegando. Y es un orgullo para todo el pueblo catalán posibilitar que todos pertenezcan a esta comunidad. Ahora sus identidades, igual que la mía es de Teruel, serán de Ecuador, de Bolivia o de no se qué. Y eso es maravilloso.

Carmen M.: ¿Cuándo he experimentado yo un sentimiento de pertenencia? Pienso que lo

sientes cuando te colocas en una posición fuera de tu ámbito de socialización primera. Por ejemplo, yo me sentí latina en ee uu. ¿Por qué? Pues porque todo lo de fuera me interpelaba y empujaba a definirme en ese sentido. Cuando vives en un entorno muy homogéneo no tienes tanta necesidad de definir esa pertenencia. ¿Pero qué pasa cuando una persona se siente vinculada a dos pertenencias, como ser vasco y español? Hay personas que se sienten así y lo digo por entender a las personas del pp y otras del País Vasco. Es que las identidades tampoco son puras, hay identidades mestizas. ¿O son todas mestizas?

Otra cosa es que los discursos importan, pues tenemos más o menos grado de libertad en función de los discursos que circulan socialmente sobre lo que somos o podemos ser. Cuando voy por la calle con mi cuerpo de mujer, soy mirada y pensada, soy construida desde los discursos que hay sobre el ser mujer en esa sociedad. Los discursos son importantes en la medida en que hacen circular visiones que luego se proyectan, atendiendo a signos visibles, en las personas concretas.

Carmen O.: Para hacer ese ejercicio de trabajar el respeto a la diferencia, para poder decir «me siento vasca» y poder entender qué quieres decir cuando tú dices que eres catalana y valorarlo, para eso he tenido que quitar de mi sentimiento de pertenencia vasco lo que excluye, lo que insulta. Tengo que replantearme ese sentimiento identitario para poderlo limpiar. Y poder escuchar qué es para ti ser español. Porque hoy todavía no se puede decir «soy español» sin ser identificado con el franquismo. Yo también tengo una parte de identidad española que tengo que replantear y enfrentarme a ella. Me defino vasco-española, no sé en qué medida pero es así. No sé cual es mi posición y todavía la estoy buscando. Estoy deseando que llegue el momento en que la pueda buscar en público. ¿Cuándo se va a poder hablar de esto en la sociedad vasca? ¿Cuándo podremos empezar a hablar de qué es para cada uno ser vasco? Sólo cuando se acabe la violencia. Cuando se pueda hablar de esto públicamente habremos ganado en calidad humana.

Mariona: Yo salí de Mallorca identificándome como nacionalista y estaba vinculada a la política independentista de la isla. Llego a Cataluña y me encuentro que en los espacios políticos de izquierda en los que participo el nacionalismo no está tan bien visto y llevo años de conflicto interno porque no he sabido cómo ubicar esta identificación con el territorio dentro de mi práctica política. A partir de nuestra conversación encuentro la posibilidad de poner otras palabras para definir mi identidad y encontrar un equilibrio que me faltaba. Sigo sintiendo una identidad que me vincula a unos valores que están ligados a un territorio, más allá de las estructuras políticas clásicas o las que nos dicen en los libros de texto.

Cuando construimos identidad es como si habláramos de tejer. Es como un telar con muchos

hilos, pero hay hilos que en un momento determinado son más fuertes que otros y hacen que esto sea más verde, más rojo o más lila. Y creo que ocurre igual en todos los casos, pero en el caso vasco o catalán o de Mallorca está el hecho de que se nos ha negado un hilo, que ese hilo en un momento no estaba disponible y no podíamos ser ese color. Hay una serie de heridas y de dolor que tiene que ver con un sentimiento de pertenencia que a veces se niega y que todo el mundo tiene, hay un dolor que no se ha curado, y que necesita un espacio para recuperarse.

Dominique: Yo lo puedo comentar desde la perspectiva de una extranjera, que ha vivido fuera de su país de origen desde hace muchos años y en distintos sitios, en Alemania, ee uu, Inglaterra y el País Vasco. Aquí fue la primera vez que me planteé este tema de la identidad. Y me gusta la idea de diferenciar entre identidad y pertenencia. La verdad es a veces me gustaría sentir un sentido de identidad más fuerte. Con tantos traslados de un país a otro, ya no te parece tener realmente raíces fuertes en tu país de nacimiento, cada vez tu sentido de identidad es más superficial y en cambio siento que va creciendo mi sentimiento de pertenencia al País Vasco, donde me he establecido de forma mucho más estable. La verdad es que si tuviera que decir de dónde me siento, diría del País Vasco.

Tú explicabas, Carmen, que cuando dices «soy vasca» a veces tienes la sensación de que estás diciendo muchas otras cosas con las cuales no estás de acuerdo. Para mí el problema es que esta construcción se relaciona con el que está fuera, que alguna gente cuando te oye decir que eres vasca pone cosas que tú odias. Y la reconstrucción no tiene por qué ser «yo me siento vasco pero rechazo tal, tal y tal». El trabajo de reconstrucción desde fuera tiene que ser también muy profundo.

Irantzu: Cuando yo digo «soy vasca» no sé si soy yo la que tiene que «limpiar» lo que se asocia con ser vasca o es la otra persona la que debe hacerlo. Pero yo también tengo un trabajo que hacer cuando alguien que ha nacido, vivido y trabajado en Euskadi me dice «soy español o española», para que a mí no me chirríe y para no crear asociaciones negativas. Ése es mi trabajo y lo asumo.

Anna: Lo que está en cuestión es el discurso no la identidad. Aquí es donde está el reto, en encontrar una nueva forma de hacer discurso sobre la identidad que sea abierta y nos permita existir tal como somos, en lugar del discurso cerrado que nos enfrenta.

Elena: El objetivo del debate del anuario nunca es cerrar temas, pero podemos intentar ahora

entrar en qué cosas se podrían hacer desde donde cada cual está. Desde hace tres años han cambiado muchas cosas en la cultura política de la gente, en particular en Euskadi, en el sentido de superar y crear nuevos espacios al margen de la polarización. Y aunque en este momento el escenario está distorsionado y parece que se haya detenido todo, en realidad nada se para, las cosas no se pierden. Los cambios que se han adquirido y las relaciones que se han hecho no se pierden y sabiendo eso a mí me gustaría pensar qué cosas podemos hacer fuera y dentro del país Vasco.

Anna: En *El País* del domingo pasado había una entrevista con Eduardo Madina, un joven socialista que en un atentado de eta se quedó sin una pierna. En esta entrevista dice algo así: «Yo soy mucho más que una víctima; si acepto que sólo soy una víctima, estoy haciendo el juego a quienes han querido reducir mi individualidad solamente a esto. En un momento de mi vida sufrí esta agresión, pero espero que esto no defina mi vida para siempre». Y añadía que había tratado de construir diques contra el odio porque si aceptaba que el odio se apoderara de él, les daba la razón a quienes habían querido destruirle. Me parece que aquí hay una elaboración real de lo que es el sufrimiento de haber sido agredido. También en el feminismo, cuando hemos hablado de las mujeres como víctimas de agresiones, hemos visto que no se las puede ver sólo en el papel de víctima, porque si las dejamos sólo en este papel continuamos considerándolas menores de edad y sin capacidad para poder vivir. Y esto vale para las víctimas de eta y para otras personas que hayan vivido la agresión y la violencia.

M^a Jesús: Yo cuando lo leía echaba de menos que otras víctimas que no viven su situación como la gente de las asociaciones de víctimas del terrorismo no tengan una voz. Habría que ver la manera de que la tengan, hay mucha gente como este chico que no está visible.

Anna: Hay además una instrumentalización política de las víctimas hacia el odio. Ello me indigna; es una falta de respeto a su humanidad que se las utilice de esta manera, porque se les está impidiendo elaborar de verdad la pérdida y que salgan adelante.

Carmen O.: Se me ocurría que a la gente de eta, a la gente cercana a ella, que puedan estar pensando que todo lo han perdido en el camino y tienen el dolor acumulado, les podemos dar un mensaje algo así como «mientras otros están dedicándose a desarrollar lo más negativo del ser humano como es el odio y la venganza, vosotros podríais dar un ejemplo de poner en práctica valores del ser humano positivos como el reconocimiento del derecho de todo el mundo a expresarse políticamente o humanamente más allá de estar o no de acuerdo conmigo». Reconocer la generosidad que supondría la entrega de su pasado en aras de un futuro que podamos construir entre todo. Para nada me quiero poner en el lugar de dar una lección a alguien, nada más lejos, pero darles a entender

que claro que tienen algo que dar en este momento. Que no sólo sería decir, mira esto no ha servido para nada y me voy a mi casa, sino utilizar esa entrega y ese sufrimiento, porque si ellos nos dan un ejemplo de respeto a los otros eso sería de un gran valor, convertir el sufrimiento en un acto de generosidad respecto al otro diferente.

Carmen M.: ¿Y la impunidad? ¿Cómo conjugas el suturar las heridas con que no haya impunidad? Y al mismo tiempo, ¿cómo dar un espacio para la generosidad de las víctimas? Podemos decir a las víctimas que no hay que buscar la venganza, que puede ser más curativa y útil una actitud de poner el sufrimiento al servicio de algo que empuje a que no se repita. Pero una cosa es no alimentar la revancha y otra qué ha de hacer la sociedad ante la violencia. Creo que en algún punto hay que asumir que la violencia no ha servido para nada y que el dolor causado tampoco.

Marta: Creo que has tocado un tema muy complejo, y de muy difícil solución. Entiendo que no pueda haber impunidad y que de alguna manera hay que buscar, desde el punto de vista social y político, los vehículos y mecanismos para dejar claro que la vía de la violencia no es posible, pero tengo dudas sobre cómo conjugar esto con una cultura punitiva que está sobrecargada en nuestras sociedades y que además contiene un grado muy alto de violencia. Yo personalmente tengo muchas dudas sobre cuáles tendrían que ser los mecanismos para que esto no quede impune. Estoy de acuerdo en que algo tiene que haber, pero el modelo que tenemos no me gusta, y creo que es contradictorio porque perpetúa esa misma violencia que se genera. Y hablar con esas otras víctimas que tienen esos presos con unas condenas enormes, muchas son condenas perpetuas escondidas, pues creo que es otro lado que tenemos que ver cómo se aborda, pero no tengo respuesta, sólo dudas.

Elena: ¿Hay que pedir que se perdone? ¿Hay que pedir que la gente se reconcilie? No creo que se pueda, pero sí me parece interesante poder decir «Estoy dispuesto a oír tu dolor y tu indignación». Porque si estoy dispuesto a oír tu dolor, estoy reconociendo algo. Y esto va en dos direcciones además. Por parte de los perpetradores de eta pero también por la otra parte, la del Estado, hay que estar dispuesto a oír el dolor del otro y esto es una forma de reconocimiento.

Dominique: A nadie le puedes pedir reconciliarse con nadie porque es una cuestión personal. Con respecto a dar voz a las víctimas, no hay que confundirlo con otorgarles un derecho de veto en todos los temas. Posiblemente muchas víctimas no quieran tener una voz pública, como tales. Les ha faltado mucho apoyo y solidaridad y seguramente el trabajo que haya que hacer con ellas es tanto (o incluso más) de carácter personal como político. Hay organizaciones que están haciendo un trabajo muy valioso con ellas, sin aparecer casi nunca

en los medios, y desde una misma, la decisión de hacer algo depende también de las relaciones personales. Si conoces a alguien que está en esa situación, hay que saber acercarse. Muchas víctimas se han quejado del muro de soledad y aislamiento que se ha construido alrededor de ellas después de la tragedia.

Isabel: Se tendría que trabajar cómo hacer visible todo tipo de experiencia o de trabajo de elaboración del dolor. Por ejemplo, ahora pienso que después de tantos años de la guerra civil, todavía cuesta poder hablar con una cierta tranquilidad de cosas que han sido tan duras. Podríamos pensar todo aquello que si se hace visible, si se cuenta, permite reflexionar sobre cómo se convive cuando ha habido una fractura, un dolor. Hacer esto en la medida de las posibilidades donde estamos, pienso que vale la pena.

Carmen M.: Sobre la cuestión de la impunidad y la justicia, es cierto que para buscar la salida a un conflicto armado la justicia no es la mejor vía, porque en ella no caben el diálogo y la negociación, que son claves en la gestión de un conflicto, y tampoco entra la recuperación de la relación. Pero la impunidad sigue siendo un gran problema. En Zaragoza, y parece ser que en otros lugares, hay gente que ha introducido dentro de los procesos penales la posibilidad, si el agresor está dispuesto, de escuchar a la persona que ha agredido, su dolor. Estos grupos pretenden que no sólo haya una respuesta punitiva, sino que el sentimiento que vivió la persona agredida toque el corazón del otro, que la interacción entre agresor y agredido sirva como vía de humanización, de reinserción más profunda. A mí esto me parece muy importante, aunque tal vez sólo funcione en casos de agresiones no muy fuertes.

Con respecto al feminismo, este déficit de la ley estaría en la línea del libro de la Librería de Milán, *No creas tener derechos*, que critica al Derecho por bloquear la capacidad de intervención personal y de relacionarse de un modo más profundo y humano. Un modelo de reconciliación que no sé si aquí sería posible es el que se dio en Sudáfrica, con la Comisión de la Verdad y la Reconciliación.

Marta: Estamos en Occidente y aquí tenemos una cultura muy centrada en crear un Estado de derecho que nos legitime y que nos dé derechos, pero al mismo tiempo este Estado de derecho contiene un grado de violencia que se expresa a través de un código penal y de una serie de aspectos legales que están ahí y creo que estamos empapados de ello. Es difícil superar este esquema e irse a otro mucho más social. Tal vez tendríamos que analizar experiencias que se hayan dado en otros lugares y empezar a trabajar en cambiar los valores y mentalidades de las personas para salir de esta cultura que nos creemos todos y a la que además recurrimos para protegernos.

Carmen M.: A lo mejor el peso de la recuperación de la relación no tiene que estar en manos de las víctimas sino en otros miembros de la comunidad. Veo muy difícil que víctimas y perpetradores puedan acercarse, y en cambio el acercamiento podría ser posible entre otros grupos posicionados de la comunidad.

Irantzu: Efectivamente es muy complicado. Reconocimiento mutuo en todos los sentidos y también del sufrimiento del otro, de acuerdo, pero cuando dices, Carmen, de apelar a una cierta voluntad por parte del colectivo de presos de eta para que sean generosos y sean parte de la construcción del futuro en positivo o entregando su pasado aunque no haya tenido los resultados que hubieran esperado, reconociendo el sufrimiento causado; claro que esto sería un gran paso y un paso de valentía, pero es que no me imagino a gente que está presa en este momento haciéndolo. Me parece difícil que eso suceda en esas circunstancias. Y al hablar de víctimas, de perdón, pues yo empiezo a perderme porque no veo la salida por ahí. No me corresponde decir cuándo alguien deba pedir perdón, me gustaría que pasara porque sería un paso importante, pero no me corresponde marcar tiempos. Me parece difícil eso de intentar interpelar, apelar a los dos extremos para que en el momento que quieran puedan hablar de perdón o no.

A veces siento que estamos en medio, como viendo un partido de tenis en el que parece que tenemos claro lo que deben hacer los dos jugadores situados en los extremos, pero en realidad es muy difícil que vayan a ser ellos los que den este paso. En cambio, queda el medio que es distinto. Y tú, que estás en medio, no estás ni en la situación de unos ni en la de otros, sino en medio elaborando lo que quieres hacer tú.

Carmen O.: No me siento para nada autorizada para decirles a unos u otros lo que tienen que hacer, pero estaba pensando que no sería tanto decir lo que hay que hacer, como hacer sentir que dentro de cada cual hay unos valores humanos que se pueden poner en juego. Y me parece que escuchar eso puede ser un poco de miel: alguien que yo no conozco, me reconoce como ser humano con unos valores. Es decir, que las intervenciones que podamos hacer no vengan del odio, sino de transmitir: «Sois seres humanos y tenéis capacidad de amar y de reconocer a los demás, por qué no la usáis ya que la tenéis». Entrar a dejar estos mensajes en la página web, por ejemplo de Lokarri, sería apelar a lo bueno que tenemos todos los seres humanos dentro. Me parece que si yo tengo ese dolor y veo que alguien escribe esto, pues creo que me daría un poco de libertad, porque por lo menos hay alguien que entiende que yo estoy sufriendo y que mi sufrimiento tiene un sentido y que puedo usarlo de forma positiva para devolver algo.

Carmen M.: Vuelvo a pensar: yo como mujer qué podría hacer para construir la paz. Sigo creyendo que la situación de extrañas a la política establecida da una capacidad a las mujeres para tener una voz propia. Lo veo así en Ahotsak, pero lo veo también con el lastre de que aunque por una parte son mujeres de partidos que se han desvinculado en esto de sus líneas políticas, por otra me temo que no puedan ser suficientemente autónomas. No es una iniciativa surgida de las mujeres fuera de la política existente, y por ello siguen atrapadas a la política existente. ¿Cómo se podría fomentar que esa plataforma que puede ser alternativa sea de todas y no sólo de las que la han organizado?

Marta: Si desde Ahotsak se generan y se están organizando grupos en los ayuntamientos, sería importante que no se truncase el proceso demasiado rápido porque se metieran los ayuntamientos etc. y que vuelva a pasar lo mismo de siempre.

Carmen O.: Pero crear espacios desde los ayuntamientos permite superar por lo menos el tema de quién convoca. En procesos de participación hay unas técnicas que facilitan cómo se organizan y que permiten cierta neutralidad y representación real del pueblo en cuanto a edad, a género, niveles sociales, etc. Por lo menos queda fuera la pregunta: ¿Quién convoca? Al menos hay un primer encuentro y que sean convocadas por el ayuntamiento permite pensar que se va a intentar que la presencia sea realmente representativa del pueblo en cuestión.

Anna: Creo que esto abre un espacio, ciertamente. Es un espacio que no hay que menospreciar, ni mucho menos, pero si no hay mujeres concretas dispuestas a hacerse con este espacio no va a funcionar. Va acabar siendo un espacio controlado por el poder que reflejará todas sus contradicciones y no estará vivo. En cambio, si hay un grupo de mujeres que aspiran a un espacio propio, con o sin ayuntamiento lo van a construir. Las políticas de participación que están de moda muchas veces acaban siendo puramente un conglomerado de prácticas de...

Marta: Legitimación.

Carmen O.: Hacer algo más creativo y simbólico que permita a cualquier mujer juntarse a ello. Eso falta. Por ejemplo, colgar de una ventana una señal que se vea en los balcones de toda España. Decir por ejemplo «Sigamos dialogando» o «Por el reconocimiento de la pluralidad», «Aquí cabemos todos».

Carmen M.: Esta última uniría a todo el mundo. Otra reflexión que podemos proponer es acerca de qué relación tienen las armas con la democracia, qué pasa con las voces de la gente cuando hay armas. Yo como mujer me siento muy ajena al sistema armamentístico y creo que cuando hay países que tienen armas poderosas, como las nucleares, se distorsiona la democracia en las relaciones internacionales. Pues igual con los grupos armados. Un grupo armado distorsiona la capacidad de hablar entre la gente. Tenemos que decirlo, decir que hay que abandonar y eliminar las armas.

Anna: Cuando decías, Carmen Oriol, de poner aceite en las heridas, a mí me recordaba que hay heridas abiertas tanto en aquellos a quienes no se les ha reconocido una identidad, como a la gente que ha sufrido agresiones en propia carne. Proponías buscar palabras balsámicas dirigidas a personas concretas. Ésta es una de las cosas que me gustaría pensar. La otra es cómo apoyar a las víctimas partiendo de lo que ha dicho Dominique que no se puede obligar a nadie a hablar, pero sí se pueden generar y ofrecer espacios donde elaborar el dolor. Yo al menos me quedo con las ganas de pensar más sobre esto.

Elena: Antes del atentado decíamos «No paréis el proceso de paz», porque estábamos viendo interponer tantas trabas que creímos necesario pedirlo. A mí ahora me gustaría pensar algo que permita impulsar hacia delante la situación. Tal vez transmitir la idea de «A pesar del atentado vamos a seguir». Decir «Vamos a ser más persistentes que vosotros» porque, a pesar de quienes matan, la única salida es el diálogo y el proceso de paz. Habría que buscar lo que ahora puede dar fuerza para seguir hacia adelante. Tengo la sensación de que las gentes que estamos hartas deberíamos decir: no vamos a entrar en vuestra dinámica, nosotras estamos dispuestas a pensar y a trabajar para que finalmente haya un diálogo y un proceso de paz.

Carmen M.: Cuando hablo de la distorsión de las armas, no estoy en la línea de los que dicen que ahora ya no puede seguir el proceso porque ha habido el atentado. Si lo condicionamos a eso, damos poder a los que manejan las armas, el poder de parar o iniciar el proceso. No. Para quitar poder y legitimidad a las armas nos empeñamos en que haya proceso de paz. El problema es cómo persistir poniendo a la vez de manifiesto lo que supone la distorsión de las armas.

Violeta: Porque también dentro de las fuerzas que apoyan las pistolas hay sectores que han apostado por no utilizar esas pistolas. Por tanto, las respuestas a esos sectores, y a todo el resto de la sociedad, son que queremos avanzar en el proceso de paz. Y es que a pesar de todo hay que seguir y hay que decírselo a los sectores del País Vasco que también están haciendo esa apuesta. Y darles fuerza.

Carmen M.: ¿Qué significa seguir el proceso? Una cosa es que queramos la paz y otra que revisemos en que términos y cómo tiene que seguir el proceso. ¿Ha de seguir el diálogo con eta? ¿Qué papel tiene la sociedad civil? Pienso que ayudaría el que se expresaran las disidencias, sobre todo hacia dentro de cada grupo, y que fuera la sociedad civil, situada en todos los posicionamientos, la que ejerciera el liderazgo del proceso.

Irantzu: Yo sigo pensando más en la clave de qué se puede hacer desde la corriente central para que se vaya agrandando el río y alcance las orillas, más que esperar que los extremos den el salto para entrar en el cauce. Buscar algo aglutinador y con fuerza para que llegue hasta al final del camino. Ahora es un momento delicado, es pronto, estamos en caliente, pero creo que volverá a haber un diálogo entre el gobierno y eta y que volverá con el tiempo a encauzarse. Hay que seguir en ello.

Torre del rellotge, Figueró, enero de 2007